

## Cultura a la contra

## El diablo

*El diablo siempre ha estado de moda; su estilo de simpático rebelde, vestido de estudiante para gastarle terribles bromas al doctor Fausto, o presidiendo los aquelarres bajo forma de macho cabrío, soliviantando a los campesinos para que luchasen contra los cabrones —eclesidásticos, nobles, señores...— durante la estrellada noche medieval, o convertido en genio de la desesperación para el ciego Milton, o grandioso bromista para los románticos, o anarquista total para el surrealismo (tendencia Artaud); su estilo múltiple y diverso, digo, no pasa de moda. Porque el diablo es bello y atractivo —seduce a mocitas y mocitos, incubo o súcubo dispuesto a satisfacer cualquier deseo salaz— y porque la negación y la rebeldía siempre han sido motores para los más nobles de espíritus.*

*Pero últimamente, como todo, el diablo ha sido asimilado por el sistema industrial-policiaco que nos atenaza con garra de terciopelelo y se vende en cines y librerías con ropajes multicolores y cambiantes. Pierde su aguijón, es un horrendo sin causa, un bailarín en zarabandas y bailes de disfraces. El negador ya no tiene que negar —porque su antagonista, Dios, se oculta cada vez más, rehúye la lucha, escurre el bulto y se dispersa— y se limita a visitar salones elegantes, a frecuentar salones y discotecas, a venderse como un producto más, a plazos o al contado. El arcángel que tenía como tema "Non Serviam" sirve a todo y a todos. Es una pena. Y es una pena no sólo desde el punto de vista ético, sino estético: nos quitan un héroe, un interesantísimo personaje literario, una mina de sugerencias estilísticas, de reflexiones. Lo banalizan y lo convierten en algo tan pobre como la margarina, en un sustitutivo del sueño.*

*Y, ahora, el diablo —ese pobre diablo de cuernos recortados— ha encontrado empleo en los Estados Unidos. Todo empezó con la película "El exorcista", bodrio insoportable y estúpido, que servía a los intereses de los jesuitas americanos, tan deportistas y tan normales, tan preocupados por la salud de sus mamás, tan sanos. Aquel demonio repugnante les hizo un gran favor a sus enemigos naturales y fue un alegato a favor del catolicismo puesto al día en los protestantes Estados Unidos de América. Pero la cosa sigue. En el Imperio, el demonio se vuelve a vender bien. Ahora se ha convertido en terrorista. No nos engañemos, dicen: en realidad, todos los grupos radicales de izquierda o de derecha no son pagados por la CIA ni tampoco por la KGB; son, en realidad, agentes de Satanás, peones en un plan de desestabilización cósmica. Los americanos descubren con horror —a través de "best-sellers" difundidos masivamente por el Club del Libro Americano, que llega a toda la clase media del país, de artículos de periódicos, de bromas y de chistes— al siniestro murciélago detrás del Ejército de Liberación Simbiótica, o del Partido Nazi Americano. Los Angeles del Infierno son verdaderamente del infierno. El demonio ha encontrado por fin algo que hacer: servir de fantoche, de hombre del saco para las buenas conciencias. De enemigo de Dios ha pasado a ser enemigo del sueño americano. Parece que estuviésemos en la España de Arias-Salgado, padre.*

*Convertido en un grapo cualquiera, con azufre y telekinesia en vez de pistolas y goma-2, Lucifer ha puesto precio a su rebeldía. Sirve ahora a los intereses de sus enemigos naturales —el poder, la mentira de la supremacía de uno sobre todo—, es un instrumento de propaganda. Es "hippy", ácrata, marxista o quemanegrosmpedernido, según convenga. Y sirve como argumento supremo para justificar la caza de brujas, de cualquier bruja. Pronto será también homosexual, feminista o cubano. Admite a Dios y se convierte en su lacayo. Así, con el tiempo, volverá a ocupar su trono de arcángel en los cielos, aunque disfrazado y en secreto. ¡Pobre diablo!* ■ EDUARDO HARO IBARS.



"Viaje a la gran Tartaria", de Tachella.

repetitivo. No siempre acierta a sorprender, pero mantiene en su película un buen tono medio. Sin la maldad irónica de Buñuel ("Nazarín" o "Ese oscuro objeto de deseo", por ejemplo) ni las pretensiones sociales de Bardem ("El puente"), Tachella se sitúa en un plano "europeo" y ácrata, bastante irregular y a veces sugestivo. Su película funciona por acumulación de "gags" y situaciones disparatadas sin que el espectador encuentre una progresión dialéctica que le lleve a una conclusión más importante que la de entender nuestra sociedad como un cúmulo de desatinos. Esto no es poco, pero hasta el propio Tachella sabe que las guerras no sólo son idiotas, sino injustas y tienen unas razones más inquietantes que las de la simple imbecilidad ajena. Algunos momentos de "Viaje a la gran Tartaria" (como la visita a la supuesta violada, el robo de la comida, las fugaces y siempre sorprendentes apariciones de la Policía y, sobre todo, la magnífica interpretación de Micheline Lanctot en el personaje femenino) son aciertos que no desaparecen a pesar de venir contrapunteados por secuencias menos brillantes, como la del secuestro del protagonista masculino por parte de un sonado ex deportista.

Desconocemos de Tachella su segundo largo, los primeros cortos, sus críticas de cine y sus guiones. Pero esta película abre el apetito. No satisfacerlo tampoco conduce a la anemia. ■ D. G.

## A Videla no le gustan los argentinos

Iba a ser una de esas "semanas del cine español", que la actual Dirección General se empeña en realizar en todas partes como única forma de operar sobre la agonía de nuestro cine. En Buenos Aires iban a proyectarse "La escopeta nacional", de Berlanga; "Al servicio de la mujer española", de Armiñán; "La guerra de papá", de Mercero; "Los días del pasado", de Camús; "Mi profesora particular", de Camín; "Mi hija Hildegart", de Fernán-Gómez, y "Raza, el espíritu de Franco", de Herralde. Siete películas representativas de lo que fue el último cine español, "de lo que pudo haber sido y no fue", según un tango argentino.

No se pudieron proyectar esas películas en Buenos Aires, ya que en la mayoría trabajaban actores argentinos que tuvieron que exiliarse por motivos políticos. Y Videla no perdona. Antes al contrario, está dispuesto a perseguir a los disidentes allí donde se encuentren. Marilina Ross, Héctor Alterio y Luis Politi aparecen en cuatro de las películas programadas y por ello —sólo por ello— fueron prohibidas. Para que la cosa no resultara demasiado evidente se dijo también que había demasiado erotismo en estas películas españolas. No recuerdo erotismo alguno en "Raza", "Los días del pasado", "Al servicio de la mujer española", "Mi hija Hildegart" o "La guerra de papá". Quizá, sí, alguna secuencia de